

BIBLIOTECA INFANTIL
SEVILLANA



DIMAS EL LADRON

LIT. DE LA VPA DE PILAT-SEVILLA

ANT-XIX-1841 /4

R. 43 703

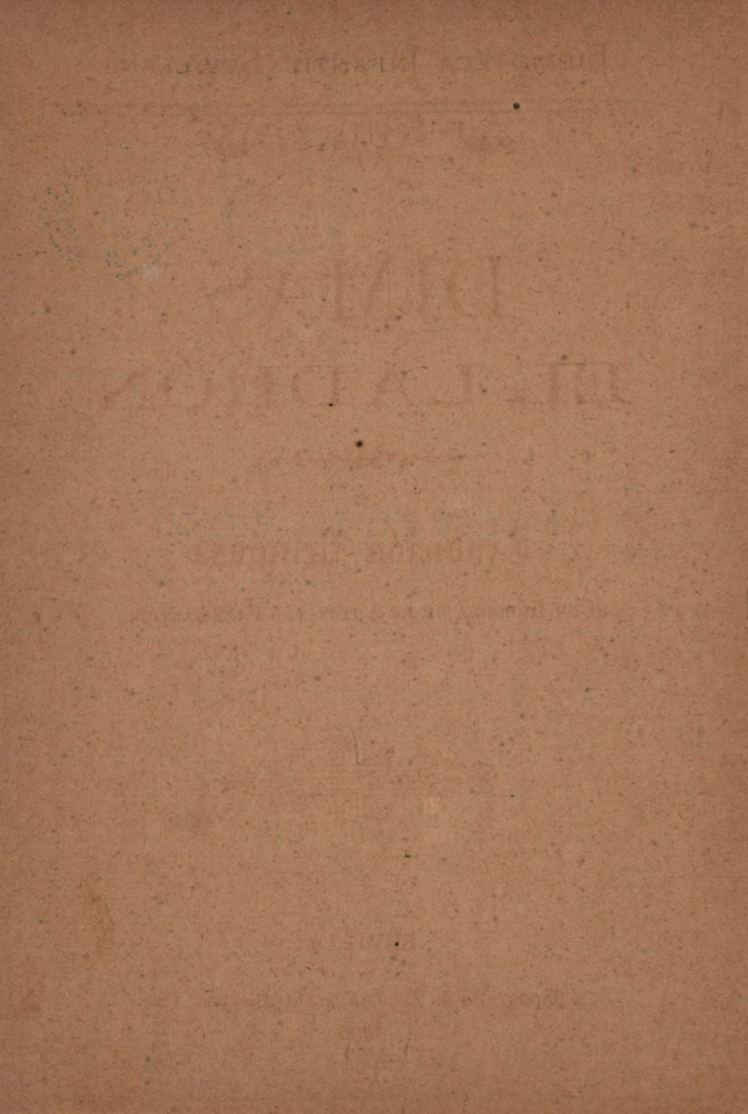
1

p



608/
9

DIMAS EL LADRÓN

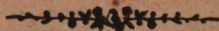


16 cm.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



DIMAS EL LADRÓN



Tradición Religiosa

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

Tipografía de *La Industria*, Serpes, 19

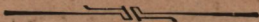
1896

Es propiedad de D. Rafael
Zambrano, autor y editor de
la BIBLIOTÉCA.

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



DIMAS EL LADRÓN



Aún dejábase sentir en Galilea el viento helado de la estación invernal; aún tapizaba la escarcha los valles y collados y las montañas de granito que rodeaban la pobre aldea llamada Nazaret.

La leña amontonada en los hogares ardía y chispeaba alegremente; y, al amor de su lumbre bienhechora, confortaban sus ateridos miembros los honrados vecinos de la aldea, narrando al par sencillas y piadosas tradiciones.

Una sola familia abandonaba su querida vivienda en medio de la noche desapacible y

tenebrosa, y sin temor á las partidas de bandidos que infestaban la Judea: una joven cuyo nombre era María, un niño hermoso que llevaba en los brazos y un noble y virtuoso anciano huían de Nazaret con la mayor precipitación, llenos de angustias y dolores.

Siempre atentos al menor ruido, siempre esquivando la presencia de viajeros, así atravesaron por sendas escondidas, leguas y leguas de terreno en muchos días de largas y penosas jornadas, sirviéndoles de norte en la callada noche el movimiento de los astros y por el día el curso de los arroyos ó las vertientes de las montañas. Detrás de ellos quedaban Anathot, Jerusalén y Ramla ó Aritmatea. Unas cuantas jornadas más y el territorio egipcio les ofrecía completa seguridad: pero las fuerzas de la joven hallábanse extinguidas, y el anciano sentíase también desfallecer: era preciso descansar: bajo una esbelta palmera reposó María sobre lecho de mimbres y de juncias; mientras el hombre recostado en una peña, luchaba por vencer el sueño á fin de vigilar su más pre-

ciado tesoro. ¡Qué breve fué el descanso de aquella errante y afligida familia! Un leve rumor les hizo despertar sobresaltados y aprestarse á la huida. Empresa vana: un hombre que salía del espeso follaje del camino les contuvo el paso.

—Es inútil huir: estais cogidos:—les dijo su agresor, al par que amenazaba á José con una lanza.

—Por el Dios de Abraham y de Jacob, no me hagas daño: si tu intención es robarnos, bien poco hemos de darte, porque somos pobres: si eres mandado por Herodes para dar muerte á ese niño, ten compasión de él y de su madre.

—¿Qué dices anciano? ¿Yo mandado por Herodes á quien detesto? Yo soy ladrón; sábelo ya; jefe de cien hombres valerosos dispuestos siempre á obedecer mis órdenes: soy ladrón que mato á los viajeros que se resisten á entregarme su dinero, pero nunca mis manos se tiñeron en la sangre de niños inocentes: libres sois: partid ó descansad; como gustéis: pero me extraña el oírte decir que



Es inutil huir, estais cogidos...

Herodes quiere matar á vuestro hijo: ¿qué mal puede causarle esa tierna criatura?

—¿Eres judío?—preguntóle José.

—Si que lo soy.

—Recuerda entonces, que el tiempo llegó de que naciera el Mesías prometido por Dios al pueblo hebreo: esa mujer que ves, es María, la Virgen pura y sin mancha: el niño que dormita en su regazo es Jesús: hijo suyo y del Eterno. Herodes teme que pueda el tierno infante arrebatarse su trono en el mañana, y decreta inhumano que sean degollados todos los varones del pueblo hebreo menores de dos años, á fin de que no pueda salvarse el niño Jesús: pero el ángel del Señor se me apareció y me dijo: «Levántate hijo de David, y en unión del hijo y de la madre, huye á Egipto y permanece en aquella apartada región hasta que yo vuelva á ordenarte el regreso: conviene así á la voluntad de Dios, porque Herodes busca al niño para darle muerte.»

—Tengo fé ciega, venerable anciano, en todo cuanto acabas de decirme: no hay tiempo que perder: venid conmigo antes de que

puedan descubrirnos: venid, y que os sirva de seguro albergue por esta noche, el castillo ruinoso que, enclavado en lo alto de aquel monte, me sirve de morada.

La Sagrada Familia, como la llama el mundo cristiano, aceptó el ofrecimiento del bandido por estimarlo sincero.

El Patriarca dió gracias al bandido al tomar posesión del ofrecido albergue.

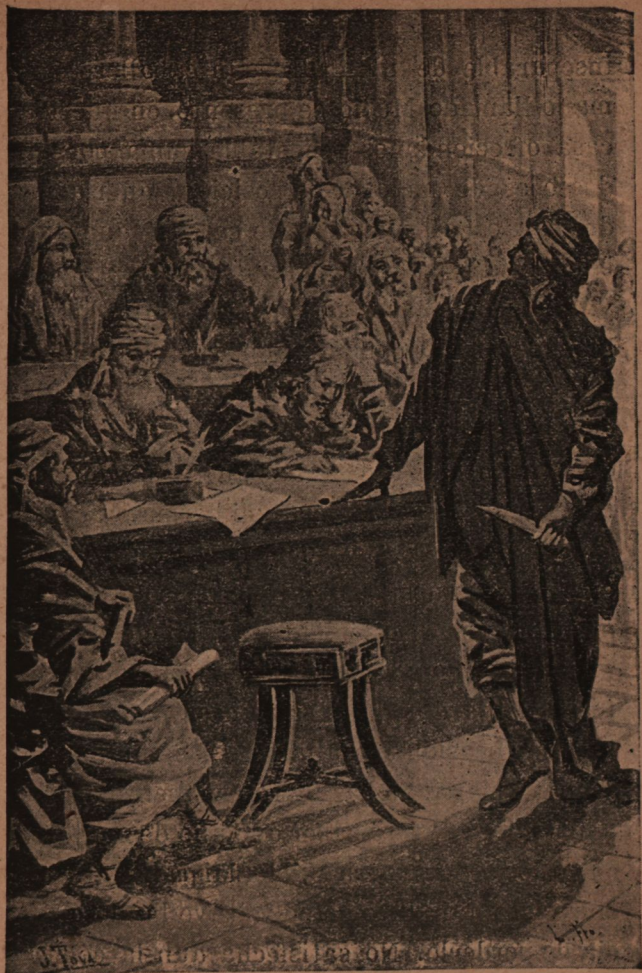
—Nunca olvidaré—le dijo—el favor que nos has hecho: ¡ojalá tornen para tí otros días en que, apartado del mal, goces siquiera de más tranquilidad que tienes hoy!

—No lo creo: una vez en el camino del crimen y del vicio, son muy pocos los que logran salvarse: yo era feliz; pero un hombre llamado Múcio labró para siempre mi desgracia.

—No te comprendo.

—Pues, escucha atento.

Mi nombre es Dimas: mi padre apacentaba ganados: amante del trabajo, empecé á ayudarle, apenas tuve uso de razón: una hermana pequeña que tenía, era la compañera



Yo saqué mi cuchillo diciendo...

inseparable de mi madre. Un caballero romano llamado Múcio se presentó en nuestra casa ofreciéndonos respetable suma por si, deseosos de mejorar de posición, queríamos dedicarnos al comercio de sedería que tan buenas utilidades proporcionaba: aceptamos, y, después de hacer un viaje á la Siria, donde hicimos buenas compras de ricas telas, llegamos á venderlas, y fuímos á devolver á Múcio el dinero que nos había prestado; pero no quiso admitirlo, á menos de que no se consintiese en darle por mujer á mi hermana; como ésta no le quería, y además lo consideraba enemigo de nuestra raza, se opuso á ello, y mi padre no quiso violentarla. Múcio desdeñado juró vengarse. Una noche asaltaron la tapia del jardín de nuestra casa tres hombres, en ocasión de hallarse solas mi madre y mi hermana: ambas fueron vilmente asesinadas, llegándose á saber que uno de aquellos cobardes asesinos era Múcio. Mi padre no pudo resistir tan duro golpe y tuve la desgracia de perderlo. No satisfecha aun la cólera de aquel infame, me hizo comparecer ante

los jueces para el cobro de la suma prestada; yo, como fiador, aunque insolvente, tenía que ser mutilado á voluntad del que había prestado aquel dinero, porque así lo ordenaba nuestro Código. ¿Hay entre vosotros, dijeron los jueces conmovidos, quien se ofrezca á entregar la suma convenida?

Ninguno contestó: yo saqué mi cuchillo diciendo: que se acerque y señale qué parte de mi cuerpo he de cortar. Múcio fué á señalar: entónces, no sé lo que por mí pasó; una nube de sangre turbó mi vista; por mi mente cruzaron los espectros de mis padres y hermana que parecían decirme: «Vénganos de ese hombre.» Cerré los ojos, abracé fuertemente á aquel malvado, y blandiendo el cuchillo le herí sin compasión repetidas veces, hastaverlo caer falto de vida. Aprovechándome del estupor de mis espectadores, salí corriendo á refugiarme en los montes, huyendo del castigo, de la muerte, y me hice criminal y jefe de bandidos. Yo nací para ser bueno, y las circunstancias me han arrojado á la sima profunda de la desgracia y el crimen. ¡Cuán-



Dimas cubría de besos los pies...

tas veces lloro á solas mi pérdida honraídez! Yo quisiera tornar á mi antigua vida tranquila y pura: más ya es tarde; he de seguir viviendo hecho un bandido, pues, de entregarme, habré de purgar mis delitos con el terrible suplicio de la cruz.

—Nunca es tarde para conseguir lo principal, que es la salvación del alma, si el arrepentimiento es sincero, dijo el Patriarca José.

El niño Jesús miraba sonriente al ladrón, que, arrodillado ante él, le contemplaba á su vez absorto y embelesado. Dimas cubría de besos los pies del tierno infante, y lleno de dolor ante el recuerdo de su pasado, dejaba que las lágrimas surcasen sus atezadas mejillas.

.

La Sagrada Familia llegó á establecerse en Matarich, villa de Egipto.

.

Y pasaron los años y los años; y llegó el tiempo de cumplirse la terrible profecía. Jesús expiraba en la cumbre del Gólgota para redimir á la humanidad pecadora.

A uno y otro lado de la Cruz del Redentor, alzábanse otras dos, en las que purgaban sus delitos los criminales Gestas y Dimas; éste, por segunda vez en su vida, extasiado miraba á Jesucristo, y con voz contrita y suplicante le decía: «Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu Reino.»

¡Admirable fé la de Dimas, que conoce que el Reino de Jesucristo no es de este mundo!

Y Jesús le dijo: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»





